

del volumen, otrora tesis de doctorado. Frente a esta delimitación no poco desafortunada, el diseño metodológico a que se sujeta la hispanista es coherente y felicísimo, porque hacía falta un itinerario intelectual de Quevedo, y ahí está, al menos en esbozo: se pasa revista a cómo adquiere don Francisco una cultura determinada, se resigue su afanosa búsqueda de la sabiduría y se le valora en el ejercicio de su meditar solitario.

En la confección de los capítulos se alternan los aciertos y las insuficiencias. Las mejores páginas se consiguen cuando se contrastan pasajes, como en la comparanza entre las versiones en verso de un fragmento del *Cantar de los Cantares*, a cargo de Arias Montano, fray Luis de León y Quevedo; en la confrontación entre el original de *Il Romulo*, de Virgilio Malvezzi, con el traslado de don Francisco; en el enfrentamiento, a propósito del *Marco Bruto*, del texto plutarquiano y el de Quevedo; en la evaluación de las dos redacciones de *La cuna y la sepultura*, etcétera. Las páginas menos logradas son las que se apegan a la rueda de otros investigadores, de suerte que constituyen un mero resumen de artículos y libros ajenos. El lindero, pues, entre las virtudes de *Héritage et création* y sus defectos, se sitúa en la franja que separa la investigación propia de la no personal, que en demasiadas ocasiones absorbe los epígrafes hasta tal punto que el trabajo de Michèle Gendreau semeja, antes que nada, una relación sucesiva de reseñas. En honor a la estudiosa, es preciso consignar que los capítulos de más interés son los que carecen de una bibliografía previa, como el dedicado a *Virtud militante*. Por el contrario, los más flojos son los que cuentan con estudios de calibre, como los *Sueños* o *Política de Dios*. Ahí la hispanista refiere meramente la espigación de otros y no va más allá.

Tocante a las conclusiones que se extraen de este trabajo, Michèle Gendreau entiende que las contradictoriedades apreciables en la obra de Quevedo acusan tensiones de la sociedad en la que se inserta, y al mismo tiempo evidencian la distancia que interpone el escritor entre su pensamiento y los valores societarios. Respecto a las traducciones de Focílides, Malvezzi y Séneca, no revisten una significación estética, sino personal y colectiva, pues incorporan a la cultura española unas ideas capaces de servirle de fuste y aguante, con el fin de que la comunidad se arme contra sus pernicies y el traductor encuentre fortaleza contra sus debilidades.

Respecto a las referencias antiguas, «exempla» y tópicos, Mme. Gendreau entiende que, además de integrarse en la trayectoria ideológica de Quevedo, contribuyen a asegurar la validez del discurso, subrayan-

do su función didáctica y certificando al unísono la permanencia de los valores éticos, que no son trastocados ni por las contradicciones de la sociedad ni del individuo. Esos «tradicia» adquieren en la obra juvenil una significación muy distinta a la que asumirán en época de madurez: en sus años mozos, el moralista se autoproporciona una pátina erudita a cuyo trasluz los autores antiguos son vistos sólo como objetos culturales, pero andando el tiempo las figuras del pasado que le importan ofrecen una complejidad auténtica. Al término de su vida, Quevedo mismo protagoniza sus escritos, transmitiendo las vacilaciones y demonios particulares que le atosigan a los personajes que traza en sus páginas. Este proceso de interiorización se refleja hasta en el nivel más estrictamente retórico del discurso, pues, por lo menos, desde la época de prisión, y en especial en los últimos años, el moralista va desnudando su expresividad con la forja de imágenes interiores y con la consiguiente aproximación a formas más naturales de decir. Ahí, en ese adentramiento, reside uno de los más sustantivos valores de la obra moral y metafísica quevediana.

No resulta sencillo extraer adecuadamente conclusiones a un trabajo como el que se comenta, pero estimo que Michèle Gendreau tenía una inmejorable perspectiva para deducir de *Héritage et création* consecuencias más granadas que las ofrecidas, aunque es un acierto pleno que indique la senda que conduce a Quevedo a través de la herencia humanística hacia sí mismo.

Héritage et création es libro, en fin, necesario, pero desigual. Necesario porque contribuye a alumbrar algunos aspectos del humanismo de Quevedo, y en ocasiones lo consigue de manera muy feliz y brillante. Desigual porque a partir de un esquema de gran rendimiento, de una arborización bien dibujada del mapa literario descrito por el moralista, el relleno discursivo y erudito de los capítulos sólo aisladamente alcanza originalidad y añade conocimientos a lo ya sabido. Una sobrecarga de servidumbre a la labor ajena, corolario lógico de haberse propuesto un paisaje dilucidable demasiado ancho (el modesto subtítulo del volumen, «Recherches...», se me antoja una sutil enmienda a la ambiciosa planificación), impide que la autora pueda hacer gala de las dotes investigadoras que, sin duda, la adornan, pues se perciben aquí y allá. En cambio, queda demostrado con creces que sus técnicas de trabajo intelectual, tan deficientes entre muchos estudiosos españoles, son casi bordadas: resume a maravilla, capta lo sustancioso con absoluta maestría y concibe un plan monográfico rentabilísimo. Pero claro, luego esos ámbitos no admiten tapujos ni rellenos de acarreo, sino que exigen un

rigor mantenido, lo cual no es dable a un individuo solo, por preparado que esté, sino a muchos durante muchos años.

He aquí, a lo que se me alcanza, la grandeza y miseria de este libro: se enfrenta con escasas armas y con bagaje comedido, aunque con meritorias agallas, a un coloso que, por serlo, al cabo sigue pavoneando su indócil colosalidad.—JOSE MARIA BALCELLS (*Miguel Angel*, 109, 3.º, 2.ª BARCELONA-28).

LA REVUELTA ANTIESPAÑOLA EN NAPOLES: UN NUEVO ENFOQUE

ROSARIO VILLARI: *La revuelta antiespañola en Nápoles. Los orígenes (1585-1647)*, Madrid, Alianza Esditorial, 1979, 292 págs.

Toda investigación histórica presenta una serie de problemas que sólo pueden ser comprendidos si se atiende a la oposición dialéctica entre la reconstrucción del tiempo corto, agitado, integrado con frecuencia por sucesos aparentemente decisivos, y el tiempo histórico largo, aquel en el cual se consuma el deterioro o la consolidación de las pautas estructurales que caracterizan una época. El trabajo de Rosario Villari, enfocado desde un punto de vista político-institucional, se inscribe en el curso de «la crisis económica europea y la evolución del estado en el siglo XVII». Esta inserción del estudio de los acontecimientos de la Italia meridional, y más concretamente, de Nápoles, en el contexto de la crisis del siglo XVII en Europa, permite a Villari superar lo anecdótico, profundizar en el proceso insurreccional de 1647, indagar el origen de sus tensiones y ofrecer una nueva lectura de su significado histórico.

El método escogido—un análisis del conjunto con perspectivas muy amplias—permite operar sobre una visión totalizadora de la historia del virreinato, exponiendo los elementos que diferencian estructuralmente a Italia meridional de la Europa en expansión atlántica. Es necesario subrayar asimismo que la obra nos presenta un modelo de investigación en tres planos de trabajo que se interpenetran sin dificultad. Uno de ellos, constituido por el análisis de las relaciones virreinato-monarquía, se interna en la trama histórica sobre la que se van instalando los elementos que conducirán al desencadenamiento de la revuelta; un segundo plano está conformado por la articulación de la crisis económica y su incidencia en las estructuras políticas; el tercero sigue las líneas

del movimiento opositor en el seno del virreinato y la transformación de su mentalidad.

Un balance de los factores que precipitan la revuelta antiespañola pasa por la consideración del rápido aumento de la deuda pública, la incidencia creciente de la presión fiscal y el papel cumplido por el reino de Nápoles en las empresas militares de la monarquía. La política impulsada por el conde-duque de Olivares, por ejemplo, provocó episodios reveladores de las tensiones existentes con las autoridades locales. Se procuraba, claro está, obtener un fortalecimiento del poder central en instancias críticas para el Estado español; pero este ensayo, en el caso de Nápoles, resultó dañoso por la poco feliz actuación del virrey, que lesionando las autonomías alteró un equilibrio que servía eficazmente los intereses de España. Por otra parte, no siempre le fue posible a la justicia real imponer sus normas a los poderosos señores feudales. En definitiva—anota Villari—, la presencia de la autoridad española no pudo garantizar un apoyo eficaz a las autoridades municipales, y esto revelaba una debilidad importante, que se extendía al campo de la hacienda pública, puesto que muchas veces debieron contar con el compromiso tácito de los barones para hacer efectivas las recaudaciones.

El signo más revelador de que se aproximaban tiempos difíciles para los españoles en Nápoles fue, sin duda, la revuelta de 1585. La turbulencia urbana que la caracterizó estuvo dinamizada por una sensible reducción en los salarios, puso en evidencia ciertas manifestaciones antiespañolas e hizo visible, asimismo, la existencia de una corriente popular susceptible de transformarse en una fuerza considerable. En rigor, también contribuyeron al estallido de la revuelta las noticias que llegaban de Flandes. El grueso de las reivindicaciones estuvo dirigido, sin embargo, hacia problemas inmediatos; existió, no obstante, un hombre en ese período cuya actividad y concepción de la sociedad pudo conferir otras connotaciones a un levantamiento: era Tomasso Campanella. Aunque estrictamente hablando el nuevo orden que éste anunciaba sólo fue esbozado en el plano utópico, este hecho alertaba, pese a todo, sobre una mutación a nivel de mentalidades.

Pese a los hechos anotados más arriba, en opinión del autor no existían fuerzas capacitadas para realizar una conjunción de voluntades sobre la base de un programa unificador. Será entonces la crisis financiera, en estrecha correspondencia con el creciente malestar de la nobleza, el factor que repercutirá intensamente alimentando la oposición de los años cuarenta. Cuando los comerciantes y prestamistas napolitanos sacaron partido de las penurias económicas del reino—que coincidían con las que soportaba el Estado español durante la guerra de los Treinta Años—y acrecentaron sus fortunas, buscaron asegurarse sus